

El mestizaje cultural americano

Por Jaime Delgado

Desde que, hace ya veinte años, comenzó a preocuparme el proceso histórico americano, pretendí hallar una posible fundamentación filosófica de la Historia de América, entendida ésta como una especie o parte del género Historia. Trataba, en definitiva, de aclarar cómo se podía hacer a América objeto de un estudio histórico separado del de los demás continentes, qué era la Historia de América, qué sentido debía darse a esta expresión y cuál era el contenido propio de esa Historia.

Fruto de esas preocupaciones fué mi libro "Introducción a la Historia de América", cuyo título no debe ser interpretado en el sentido de compendio, resumen o tratado breve, sino en el más exacto de iniciación, por cuanto en las páginas que ampara se examinan y desarrollan las cuestiones prologales y de fundamentación filosófica de la Historia de América. A ello me obligó la íntima convicción en la imposibilidad de constituir la Historia sin que una inspiración de tipo filosófico ilumine los hechos históricos. Pretendía, en definitiva, no ocuparme directamente con la Historia de América, sino ocuparme reflexivamente de esa especial modalidad de conocimiento histórico.

La tesis mantenida en esa obra viene, a mi juicio, como anillo al dedo de este Congreso sobre el Mestizaje, que ha convocado y patrocinado la Academia Nacional de la Historia (Instituto Histórico del Perú), ya que allí se afirma que la Historia de América no es la Historia de un continente, sino la de un contenido histórico-cultural: lo que llamo cultura americana, la cual es una cultura esencialmente mestiza. Permítaseme, pues, recoger aquí, y ampliar en su caso, los conceptos generales de ese aludido mestizaje cultural americano, que da sentido y originalidad a la Historia de América.

La Historia de América constituye, a la vez que una parte de la Historia en general, una especial suerte de todo en cuanto que es parte subjetiva, en el sentido de Scoto, de la Historia. En efecto: tanto desde el punto de vista geográfico como desde el paleontológico y el cultural, América fué una realidad aparte, y lo mismo ocurre, por razones obvias, con el proceso histórico de los pueblos amerindios antes del acontecimiento protagonizado por Colón y su hueste española. Después

de este hecho, el acontecer histórico americano continuó siendo distinto del español, si bien acusando ambos un claro paralelismo y unas evidentes conexiones e interinfluencias.

Pero la presencia española en América origina, mediante su contacto con lo autóctono de este continente, una nueva cultura que, por de pronto, puede calificarse de mestiza, es decir, de mezclada, y que es distinta de cada una de las dos originarias, aunque esté en relación más o menos próxima con éstas. No sólo Keyserling, que comprendió claramente este sentido de novedad del nuevo ente cultural americano, sino algunos otros filósofos e historiadores han reconocido y proclamado este mestizaje cultural, si bien no faltan quienes opinan que la mezcla produce una interna complejidad desequilibrada, nociva para el hombre y la cultura mestizos, pues éstos se verían siempre divergentemente solicitados por la polaridad de los valores progenitores. Ahora bien: sin desconocer esa posible falta de homogeneidad y equilibrio entre los elementos cuya conjunción constituye la cultura americana, y dejando para más adelante la posible explicación de esa falta, es indudable que lo mestizo representa una unidad cualitativamente nueva, y lo que importa ver en ella no es tanto el predominio de uno de los dos componentes sobre el otro, sino la nueva cualidad de la cultura mestiza.

Los dos elementos constitutivos esenciales de la nueva cultura son, como es sabido, lo hispano, o español en este caso, y lo amerindio, cuyas respectivas caracterizaciones no es necesario hacer aquí. Importa, en cambio, captar en su unidad esencial o entitativa el concepto de cultura americana, viendo en qué forma se integran y conjuntan los elementos citados para constituir el todo que es esa cultura.

Se concilian, de este modo, ideas que muchos presentan como inconciliables: la de la esencial vinculación y conexión íntima de lo americano con lo amerindio y con lo hispano, cuya unidad y conjunto constituye lo "hispanico", y la de la originalidad de lo americano y, al propio tiempo, su fidelidad a lo hispano, de lo cual es continuación y como renuevo. Por eso, en este último aspecto, el mexicano Leopoldo Zea ha podido escribir que "así como sin renegar de nuestros padres tenemos una personalidad que hace que ninguno nos confunda con ellos, así también tendremos una personalidad cultural sin renegar de la cultura de la cual somos hijos. El ser conscientes de nuestras verdaderas relaciones con la cultura europea elimina todo sentimiento de inferioridad, dando lugar a un *sentimiento de responsabilidad*".

Caracterizada, pues, la cultura propia de Hispanoamérica, tanto en sus elementos constitutivos esenciales como en el todo que de su conjunción resulta, conviene subrayar ahora que tal cultura debe llamarse, como aquí se ha hecho, cultura americana. No se trata tan sólo, contra lo que pudiera creerse, de una mera cuestión de nombres. Esto, como diría Eugenio d'Ors, es pura anécdota. La Categoría, en cambio, está en el ser americano esencial, es decir, en aquello que parti-

cipa de la constitución integrada o mestiza de una cultura, que es protagonista y resultado de un proceso histórico definido, cuyo conocimiento se llama Historia de América.

De este modo, además, se evitan y soslayan diálogos inútiles acerca de la terminología. Pienso, por ejemplo, en el Arte. Después de haber definido clara y precisamente la cultura americana, el problema de la denominación queda resuelto. Se dirá, en efecto, "arte americano" y se intercalará entre ambas palabras, cuando el caso lo requiera, el nombre del estilo de que se trate; y si aún se hace necesario precisar más, se añadirá al final la expresión del siglo o de la fecha a que corresponda. Así se diría, por ejemplo, "arte gótico americano", "arte barroco americano del siglo XVIII", etc., utilizando una terminología equivalente, por otra parte, a la que se usa al tratar del arte español, del francés, del italiano, etc. Y si la precisión que se busca alude al lugar y no al estilo, la palabra "americano" puede ser sustituida por el nombre de la zona o país de que se trate. Así, "arte gótico antillano", "arte barroco peruano del siglo XVII", "arte barroco mexicano", etc., etc.

Pero acabo de afirmar que la cultura americana es protagonista y resultado de un determinado proceso histórico. Ello quiere decir que dicha cultura no aparece de pronto; en un instante concreto y preciso, constituida y definida ya como tal cultura. Pienso a este respecto, por el contrario, que la cultura americana es una creación humana y tiene, por tanto, una historia y, en consecuencia, una prehistoria también. En el sentido etimológico de la expresión, la prehistoria de la cultura americana está formada por las prehistorias e historias respectivas de cada uno de los dos elementos esenciales cuya conjunción integra aquella cultura. De ahí el que un americano, sea del país que sea; en este caso, un peruano, si quiere conocer de verdad y seriamente su historia, no puede prescindir del conocimiento del pasado preincaico e incaico, pero tampoco del de la prehistoria española ni del de la historia de España en las Edades Antigua y Media. Del primer desconocimiento suele adolecer buena parte de los americanistas españoles. El segundo afecta, en cambio, a no pocos historiadores americanos. Y de aquella y de esta deficiencias proceden, como es sabido, muchos errores y otros tantos "descubrimientos de mediterráneos".

Distinguida así la prehistoria de la cultura americana, ésta empieza a recorrer, a mi juicio, su camino histórico desde el momento en que, instalados los españoles en Santo Domingo, se unen a las hijas de los caciques y se consideran herederos de éstos y dueños, por tanto, de la tierra, cuya posesión habían ganado además, en su sentir, mediante la conquista. Esta es, en definitiva, la tradición castellana de repoblación y de asentamiento que había venido funcionando a lo largo de la Reconquista y que en América jugará como un elemento primordial en la fusión con la población amerindia. El que esta fusión haya ido acompañada, a veces, de violencias, ni hay por qué negarlo ni hay tampoco por

qué avergonzarse de ello, pues el balance fué, como es obvio, altamente positivo. ¿Y se dá, acaso, amor durable y verdadero que no tenga, a la vez, furia y paloma, brutal dureza y arrobo de ternura?

A aquellos primeros contactos, sucede inmediatamente una fase o época de mestizaje en gran escala, durante la cual se opera lo que alguien ha llamado la conquista del conquistador por su propia conquista. Ya la primera generación española venida a América se había sentido, en cierto modo, americana, pero ahora sus primeros descendientes se diferencian ya —y de ello hay testimonios literarios— de los españoles recién llegados. Es, sin embargo, la primera mitad del siglo XVII, esa época de menor actividad externa, de menos “empresas” vistosas, la que presenta una más honda actividad soterrana, que es sumamente importante para el desarrollo de la cultura americana. Puede acusarse, en efecto, en la América de la segunda mitad del siglo XVII y principios del siglo XVIII, una notable afirmación de lo que algunos han llamado “criollismo”, que representa, en definitiva, el primer síntoma claro de un sentimiento nacional americano, es decir, la aparición de una conciencia mestiza, como es posible rastrear en el establecimiento de la “alternativa” en los conventos y que puede afirmarse en algunos frutos culturales: el arte barroco, Bernardo de Balbuena, Sor Juana Inés de la Cruz, Sigüenza y Góngora, Peralta y Barnuevo, etc. Por eso, la arquitectura de esa época presenta, a veces, el paraíso tan cargado de árboles, flores y frutos y tan lleno de angelitos indianizados, que más parece *tlalocan* que cielo cristiano; y por eso también resulta tan significativo que aparezca entonces la primera preocupación intelectual por el pasado prehispánico, como se advierte en la enciclopédica obra de don Carlos de Sigüenza y Góngora. Si a esto se une la aparición, en 1685, de la primera manifestación explícita de la pérdida de las Indias en el vaticinio del marqués de Varinas, se tendrá un cuadro bastante completo de esa primera manifestación de personalidad propia y definida como mestiza que América revela.

Quizá, pese a todo, pudiera alguien estimar este análisis poco profundo y menos convincente. No temo, en cambio, correr ese riesgo al afirmar, como lo hago ahora, que las dos o tres últimas décadas del siglo XVIII son especialmente significativas en la constitución de la cultura americana, pues durante su transcurso aparece ya la plena conciencia de la nacionalidad americana, que se constituye en tema y problema, en objeto, pues, del pensamiento hispanoamericano en las obras de un Eguiara y Eguren, un Clavigero, un Baquíjano, un Unanue, un Viscardo y Guzmán. Estos escritores ven a España en decadencia, y frente al menosprecio que de América hacen los europeos —Buffón, Hume, Voltaire, Raynal, de Paw, etc.—, ellos afirman su personalidad cultural mediante el entronque con las culturas precolombinas —así la *Historia Antigua de México*, de Clavigero, los artículos sobre tema prehispánico del *Mercurio Peruano*, la exaltación del amerindio por Pérez de Tudela,

las afirmaciones de Vidaurre—, que dá a América antigüedad y “originalidad” frente a España y a Europa.

He aquí un rasgo típico y definitorio de la Ilustración americana, que denota un paso trascendental en el proceso formativo de la cultura americana. Los ilustrados supieron, además, transmitir esas ideas a los demás, y por eso puede advertirse en individuos de todas las clases sociales esa conciencia fundamental de la nacionalidad americana, cuyo índice externo más expresivo está en la distinción entre españoles europeos y españoles americanos, que empieza a hacerse entonces y en la que aparece, como se vé, la palabra americano con todo su sentido.

No puede extrañar, por tanto, que cuarenta años después, exactamente en 1846, don Bartolomé Herrera afirme —como nos ha recordado José Agustín de la Puente— que en la Independencia hace su aparición un pueblo “enteramente nuevo”. Lo importante, a mi modo de ver, no es averiguar si durante el movimiento emancipador estuvo presente o no ese pueblo nuevo. Lo importante es saber que a mediados del siglo XIX, ya era explícita la conciencia de esa novedad. Momento dramático aquel para la cultura americana, sometida a desgarros, rupturas e influencias extrañas a su entidad propia, fué también, sin embargo, el instante decisivo y glorioso de plena afirmación. Por eso, a partir de entonces se va rectificando, aunque muy lentamente, el proceso de descastamiento y empieza débilmente a reivindicarse para lo americano su cualidad de hispánico, como el propio Herrera podría atestiguar.

El proceso culmina, empero, muy a fines del siglo XIX, cuando en el horizonte literario universal aparece el Modernismo, que constituye una de las primeras aportaciones decisivas de la cultura americana en la persona de Rubén Darío. Coetáneos y posteriores, otros movimientos han demostrado, también en nuestro siglo, que la cultura americana ha entrado ya, a través de una de las formas fundamentales de toda cultura —la Filosofía— en una nueva y definitiva fase de su desarrollo. Me refiero a la comprensión de su propio pasado.

Hasta hace no muchos años, en efecto, el americano consideraba su historia como un proceso doble, cuyas dos ramas —la rama amerindia y la rama hispana— coexistían separadamente y sin haber alcanzado armónica unidad. Por otra parte, ninguno de estos dos pasados estaba actualizado ni integrado en su conciencia. Luchaban, pues, en la conciencia mestiza las dos tradiciones como en las venas las dos sangres, y en esta dicotomía el hombre americano flotaba, desarraigado, sobre su propio presente. Hoy, en cambio, gracias a la labor de una escuela de historiadores excelentes, el americano ha comenzado ya a asimilar su historia, es decir, a conocer sus experiencias, a adquirir madurez, a instalarse, en definitiva, en su presente desde las hondas raíces del pretérito para poder encauzar su porvenir. Y esto significa, creo yo, la convocatoria y celebración de este Congreso sobre el tema del mestizaje, que con tan aguda visión ha llevado a cabo la Academia Nacional de la

Historia (Instituto Histórico del Perú), cuyo presidente, historiador de finísimo paladar, supo plantear y definir tan certeramente el tema.

Recuérdense, en conclusión, las palabras de Víctor Andrés Belaúnde, que bien pueden aplicarse a toda Hispanoamérica: "Nosotros repetimos sin descanso, ante las incesantes negaciones de nuestros adversarios, que el Perú es una síntesis viviente; síntesis biológica, que se refleja en el carácter mestizo de nuestra población; síntesis económica, porque se han integrado la flora y la fauna aborígenes con las traídas por España, y la estructura agropecuaria primitiva con la explotación de la minería y el desarrollo industrial; síntesis política, porque la unidad política hispana continúa la creada por el Incario; síntesis espiritual, porque el sentimiento hacia una religión naturalista y paternal se transforma y eleva en el culto de Cristo y en el esplendor de la liturgia católica. No concebimos oposición entre hispanismo e indigenismo. Ella sería un juego artificioso y protervo. Los peruanistas somos hispanistas e indigenistas al mismo tiempo. Disminuir la hispanidad o el incario es disminuir la peruanidad".

Estas ideas ya están consagradas hoy en la conciencia americana. Muy recientemente, México ha regalado a Chile una gran obra pictórica al fresco, realizada por Jorge González Camarena en la "Casa del Arte José Clemente Orozco" de la Universidad de Concepción. La obra bautizada por su autor con el título de "Presencia de América Latina", recoge los símbolos esenciales de esa cultura mestiza que es la cultura americana. Un guerrero español y una mujer indígena representan, según el pintor, "la pareja original de América Latina, del hecho consumado de la fusión de las dos culturas". Junto a ella, dos núcleos de piedras agrupadas arquitectónicamente corresponden a la cultura precolombina y a la española. Por último, un rostro de gran tamaño, con rasgos que se multiplican y entrelazan hasta dar la idea de "rostros amalgamados", indica la fusión racial.

Habría podido observarse, pues, hasta qué punto es erróneo seguir pensando todavía, con Spengler —de quien tantos aficionados viven, aunque no lo digan o, las más veces, no lo sepan—, que las culturas no se mezclan. Si, además de esto, aún se añade que no se mezclan, sino que se integran, al error se añade el galimatías, porque la integración es, en definitiva un modo concreto y determinado de la mezcla. De la misma manera, no es lícito tratar de advertir en el mestizaje oscuros y confusos intentos de no se sabe qué secretas acciones de racismo y dominación. No van por ahí las cosas, por fortuna. Equidistante del ciego y estrecho "españolismo", que niega a la acción española en América su virtualidad máxima: la de la creación cultural, y del limitado y regresivo indigenismo, que pretende ignorar esa creación y negar a lo amerindio su asunción y su virtud asumente, el mestizaje está ahí, a la vista, incluso en la cara y en las formas de vida y de cultura de los mismos que lo niegan, pero venusto, núbil y siempre presto a seguir nutriendo

el dinámico proceso integrador de las naciones y las nacionalidades americanas, que constituyen, en fin, una sola gran nacionalidad, una sola gran nación, cuya palabra hora es ya que suene en los oídos y en la conciencia de la Tierra.